

la elaboración del duelo de la emigración a través de esa suerte de aleación —si me permite la metáfora minera— de materiales individuales y colectivos de donde se decanta lo común. Así, de un modo u otro, pueden reconocerse las diversas fases de ese duelo. Lo interesante en este caso es que la negación, el enfado, la negociación, la depresión o la aceptación se hallan a su vez sometidos a una elaboración política y poética de la máxima exigencia. Este largo poema dividido en quince secciones supone la cristalización de algunas de las características que ya aparecían en *Folk* (Pre-Textos, 2013), que alcanzan ahora una consistencia y solidez notables. Fernández revela el grado de autoconciencia poética de quien ha conseguido madurar una voz propia. *Una paz europea* muestra la potencia política de la poesía *in actu*. A diferencia de una poesía que (legítimamente) declara su compromiso militante a través de una tópica reconocible y armada en generaciones de lucha contestataria, Fernández propone un ejercicio mucho más arriesgado y ambicioso a estas alturas. Prescindiendo de toda tentación declarativa, el poeta asturiano residente en Inglaterra nos muestra, a menudo de modo sorprendente, la politicidad de lo cotidiano. En la problematización de lo que parece inevitable se establece una distancia crítica que el autor logra hacer poética además. Fernández disequilibra no solo la

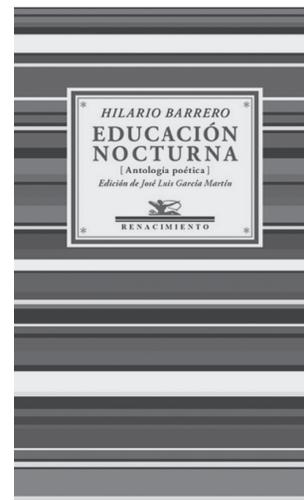
sintaxis o el orden previsible de los versos, sino la natural tendencia a la normalización de la pérdida y la derrota.

Las tradiciones, los oficios, los paisajes y su toponimia, la lengua de los mayores, los sueños de emancipación, las formas de vida, en fin, que definieron una tierra en la que ya cuesta reconocerse, son evocados aquí para hablar del presente. Nada más lejos, y esto es lo verdaderamente audaz, de una apelación folclórica en clave regionalista para hablar de un profesor universitario que ha traducido a Hofmannsthal, Pound, Kavanagh y Sanguinetti, entre otros. Fernández, en una obra en la que el lector encontrará mayor familiaridad con las frases en bable que con muchas palabras en castellano, refleja un espíritu claramente cosmopolita. El uso de este léxico no tiene la función de vindicar una identidad diferenciada; más bien, viene a certificar su progresiva extinción bajo el orden neoliberal de nuestra época. Es Asturias, pero podría ser Andalucía, Sicilia o El Pireo. Es el norte de Inglaterra, pero podría ser el sur de Alemania u Holanda. No se trata de tradiciones idealizadas, sino de una nostalgia de carácter mucho más material y que constituye parte de lo común: suelo, sonidos, olores, nombres, cuya pérdida el exilio vuelve indisimulable.

Se aventura aquí una construcción de pueblo a partir de una herencia constituida por la

experiencia compartida del trabajo, del esfuerzo, del dolor en la derrota. Este *ethos* materialista da soporte a la dignidad de los cuerpos y de una memoria que parece doler precisamente al desvanecerse. De ahí otra vez su dimensión política: la comunidad no se vincula tanto por los lazos de pertenencia a un pasado matriz, como por la constatación, desde el presente, de compartir la condición de haber perdido. Precisamente porque ya no se trata de una mera experiencia personal, la esperanza ante el sufrimiento humano cabe conjugarse en plural y en plural habrá de ser también la búsqueda de lo perdido. Solo así hace posible una proyección de la memoria histórica hacia el futuro que nos reconcilie con quienes somos, con quienes una vez quisimos ser: «Quiero creer que sabremos / doler mejor, / estrechar / un poco de tierra/ antes de que la fábula / vuelva a cerrarse», concluye Fruela Fernández en la *Plaça del milicià desconegut* como quien se aferra a la visión de la última montaña aún visible desde el avión. Es la misma sombra en el horizonte que le sirve para calcular cuánto queda para un regreso siempre en construcción, como la casa, el pueblo, la comunidad, en la que uno querría vivir.

JAVIER LÓPEZ ALÓS



Hilario Barrero

Educación Nocturna.
Antología poética

Renacimiento, Sevilla, 2017

Autobiografía poética

La honestidad y sinceridad de esta voz y estos versos no permite lejanía alguna, pues es fácil sentirse identificado en ellos y adentrarse en una educación sentimental que poco o nada tiene que ver con aquella con la que de una forma más oficial y severa han intentado adoctrinarnos. Esta *educación nocturna* es por tanto el aprendizaje de vida que registra todo cuerpo y alma, cuyas marcas muestran nuestras manos y piel y que en cada recuerdo revive la llama de otros tiempos y otros cuerpos también; es la voz del deseo, disfrazado de un fulgor más joven en el pasado, más real y estable ahora, igualmente poderoso y mágico siempre. Es la voz que recuerda no solo el paso del tiempo sino la devastación de este,

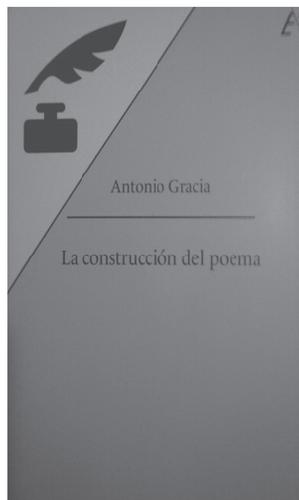
la masacre de lo vivido y la confrontación entre la luz primera y la cruda realidad que arrancó toda ingenuidad. Sin embargo, pervive el cobijo de los cuerpos que se aman, el reflejo sincero —y lo que esto exige al reconocerse en él— a través de la mirada del otro y la reconciliación de quienes fuimos y quienes somos ahora. La voz del deseo anterior y presente y un ejercicio de rebeldía ante la muerte.

Como bien indica José Luis García Martín en el prólogo, es este un autorretrato en el que podemos reconocernos y una visión del mundo que enriquece la propia, condiciones necesarias para que un libro pase a ocupar un lugar privilegiado en nuestra biblioteca o vida. Hilario Barrero, poeta, traductor y autor de diversos volúmenes autobiográficos cumple dichas condiciones, superando ambas. Es este un ejercicio de libertad absoluta y también verdad, que siempre exige un cierto riesgo al afrontarla, más tarde recompensado por la percepción exacta del tiempo que nos ocupa: asumir el pasado como parte fundamental de este cuerpo y esta voz que recuerda ahora. Autobiografía poética, educación de un hombre.

El paso del tiempo marca el ritmo pero también el deseo, una sensualidad que la voz del poeta recoge con total fidelidad en ese proceso que avanza de forma sigilosa desde esa primera juventud y un erotismo que nace y

se descubre, hasta el deseo que vence la realidad del amanecer («Los cuerpos que ofrecieron su belleza / han desaparecido fulminados después de aquel verano / o muertos de cansancio y de vejez más tarde») donde no es posible ocultar máscara alguna ni devastación del paso del tiempo («Te miras en la fotografía que tu madre guardaba / y no te reconoces. / En ella otros te buscarán mañana»). Difícil afrontar el miedo o vértigo: «Tienen miedo de mirarse a la cara / y no reconocerse de tanta oscuridad / que ha crecido en sus ojos». Sobrevive y vence, pese a todo, la luz creada entre dos cuerpos que se aman: «Me adentro en el laberinto, / donde encontrarte a ti / es la única salida razonable». Tal vez el único modo de derrotar a la muerte sea entonces que nuestro rostro viva en otros cuerpos y recuerdos y burlar ahora a través de este conocimiento esta sombra que nos persigue: «Me arrimo a ti / en una calle estrecha / y dejo pasar la sombra / que nos viene siguiendo». Tu reflejo siempre indemne en los ojos del otro: «Verte desnudo es recordar / que también tuve un cuerpo / como el tuyo envidiado». Un reflejo fiel también en la palabra, en esta palabra y, por tanto, un autorretrato poético de bella franqueza y valentía. Tu vida, nos recuerda el autor, «es un acto continuo de escritura maldita».

ANA VEGA



Antonio Gracia

La construcción del poema

Edición del Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 2016

Mostrar el corazón

¿Qué tienen en común los grandes poemas, aquellos que han sido leídos y releídos a través de los siglos? ¿Por qué volvemos siempre a ellos, por qué son siempre una revelación para nosotros? El escritor Antonio Gracia, en su libro *La construcción del poema*, analiza cómo se han conformado los poemas que hoy ya son memorables en nuestro imaginario colectivo. Las grandes obras poéticas producen en quien las lee una especie de milagro: el autor se reencarna con el lector porque atañen a lo medular del ser humano. Así, este las siente como un palpito propio y, por siglos que hayan pasado, es capaz de reconocer su yo más íntimo en versos como estos de Garcilaso: «Yo no nací

sino para quereros / mi alma os ha cortado a su medida / por hábito del alma misma os quiero».

Descifrar y revelar la sustancia íntima del hombre, todo aquello que nos une a las personas a través de los siglos, es la importante tarea que tiene todo artista y, por supuesto, todo poeta. «La poesía, como todo arte, debe ser la expresión idónea de un pensamiento emocional, fecundo. Esta es su divisa: con palabras sencillas, mostrar el corazón, secreto abismo», explica Antonio Gracia en este magnífico libro, que reúne diversos ensayos aparecidos en publicaciones como *Ínsula* o *Cuadernos Hispanoamericanos*. El trabajo del escritor, del poeta, es, pues, arduo y complicado. Muchos son los llamados y pocos los elegidos. Federico García Lorca lo expresaba con economía prodigiosa: gracia y esfuerzo. Se trata, según Antonio Gracia, de precisar unos límites al poema, unos límites que no todos saben darle. Después del torrente de la imaginación, de la inspiración, hay que ejecutar lo entrevisto en el trance poético. Hay que pulimentar la materia lírica que brota como un géiser, canalizarla y convertirla en manantial. José Agustín Goytisolo describe el oficio de poeta en estos versos: «Contemplar las palabras / sobre el papel escritas / medirlas, sopesar / su cuerpo en el conjunto / del poema, y después, / igual que un artesano / separarse a mirar / cómo la luz emerge / de la sutil textura...».